

CARLOS PEREYRA

Nació en Saltillo, Coahuila, el 3 de noviembre de 1871. Falleció en Madrid, España, en 1943.

Uno de los más grandes y connotados historiadores mexicanos. Su obra trascendió los límites de la historia patria, pues sus intereses excedieron nuestras fronteras amparados con enorme erudición, notable poder de síntesis y atractivo estilo. Apasionado por sus ideales, algunas veces resientese su obra, que es una de las más vastas y señeras de los historiadores modernos.

Inició su obra en México, habiendo colaborado con Justo Sierra en la elaboración de su biografía de Juárez. Más tarde desde España escribió incansablemente, alternando el periodismo con sus estudios de la historia americana y mexicana.

Dejó entre otros los siguientes libros: *Historia del pueblo mexicano*. Primera parte: *Orígenes y formación*; Segunda parte: *La organización política* (s.a.); *De Barradas a Baudin. Un libro de polémica historial* (1904); *Juárez discutido como dictador y periodista. A propósito de los errores del Sr. Francisco Bulnes* (1904); *La doctrina de Monroe* (1908); *El mito de Monroe, 1763-1860* (1916); *Lecturas históricas mejicanas. La conquista del Anáhuac* (1909); esta obra se editó posteriormente con el título de *Hernán Cortés y la conquista de Anáhuac* (1916); *Hernán Cortés* (1931); *Bolívar y Washington. Un paralelo imposible* (1917); *El crimen de Woodrow Wilson. Su contubernio con Villa. Sus atentados en Santo Domingo. Su régimen corruptivo en Nicaragua. Los dos polos de la diplomacia yanqui. La hipocresía y el miedo* (1915); *La constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática* (1917); *El General Sucre* (1918); *El pensamiento político de Alberdi* (1918); *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa* (1919); *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay* (1919); *Humboldt en América* (s.a.); *Rosas y Thiers. La diplomacia europea en Río de la Plata, 1838-1850* (1919); *La primera desmembración de México* (1919); *Patria. Historia de México para los niños* (1919); *Historia del Pueblo Mexicano*. Primera parte: *Orígenes y formación*; Segunda parte: *La organización política* (s.a.); *La tercera internacional. Doctrinas y controversias* (1920); *La obra de España en América* (1920); *Historia de la América española*, 8 v. (1920-1924); *La conquista de las rutas oceánicas* (1923); *Hispanoamérica e iberoamérica* (1927); *Las huellas de los conquistadores* (1929); *Breve historia de América* (1930); *La juventud legendaria de Bolívar* (1932); *Los archivos secretos de la historia. Cartas confidenciales de la Reina María Luisa y de D. Manuel de Godoy, con otras tomadas del Archivo reservado de Fernando VII, del Histórico*

Nacional y del de Indias (1935); *Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco de Rávago, confesor de Fernando VI* (1936); *Monardes y el exotismo médico en el siglo XVI* (1936) *El fetiche constitucional americano. De Washington al segundo Roosevelt* (1941); *Quimeras y verdades en la historia* (1945); *La disolución de Rusia. La dictadura de Kerensky. Crónicas de la Anarquía Gubernamental y del Pacifismo Revolucionario* (1917); *Historiens chiliens. Pages choisies* (1930); y numerosos artículos, muchos de ellos violentamente polémicos.

Trabajos importantes en torno de este historiador: Jose Bravo Ugarte, S.J., "Carlos Pereyra el historiador de la hispanoamericanidad. Discurso de recepción" *MAMH*, T. IV, No. 3, Jul-Sep., 1945 p. 231-253; Manuel González Ramírez, *Carlos Pereyra; el hombre y sus obras*. México, Congreso Mexicano de Historia, 1948, 36 p.; el mismo González Ramírez publicó una *Antología* de sus obras con un sustancial prólogo, México, Imprenta Universitaria, 1944, XI-260 p. (Antologías hispanoamericanas); y también el mismo autor tuvo a su cargo la recopilación y anotación de sus *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, S. A., 1959 (Colección Laurel) Martín Quirarte publicó un emotivo trabajo titulado, *Carlos Pereyra, Caballero andante de la Historia*. México, Instituto de Historia, 1952, 124 p. Angel Dotor y Municio, *Carlos Pereyra y su obra*, Madrid, M. Aguilar, 1948, 248 p. Il. Buena tesis en torno del historiador es la de Marta González Pérez, *Carlos Pereyra*, México [Visant de México], 1964, 203 p.

Fuente: Carlos Pereyra. *Hernán Cortés*. 5a. ed. Buenos Aires, Argentina, Espasa-Calpe, S. A., 1953. 259 p. (Colec. Austral 236). p. 268-273 y 294-295.

LOS CONQUISTADORES DE AMERICA

Las conquistas de América se consumaron por hombres de España, pero que todo lo aprendieron en América. Las expediciones más brillantes que salieron de la península fueron fracasos. De sus desengaños y de su dispersión surgieron los jefes, capitanes y adalides que por sí mismos hicieron las distintas fundaciones. Así Cortés pudo escribir a Carlos V que todas sus empresas se habían concluido "sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado". Vasco Núñez de Balboa pasó de las Antillas al istmo escondiéndose en una embarcación. Ojeda, Pizarro, Almagro, Valdivia, Martínez de Irala, Soto, Benalcázar y Jiménez de Quesada, en América arbitraron recursos que les permitieron hacer travesías marítimas continentales, guerras y fundaciones. El pan cazabe, el maíz,

los cerdos y los caballos de las estancias antillanas e ístmicas, formaron la base económica de las conquistas. Buenos Aires nació de una generación de esfuerzos paraguayos. El Perú fue descubierto y conquistado desde Panamá, y las poblaciones chilenas de Valdivia se reconocen como hijas del Perú. El interior del Río de la Plata recibió fecundas corrientes paraguayas, peruanas y chilenas. El indio proporcionó las tropas de todas las expediciones.

¿Cómo pueden no ser americanos aquellos hombres?

Cortés cumplió los veinte años en la isla Española, y cuando salió de Cuba para ir a México, ya nada le quedaba de la patria de origen, sino el afecto a sus padres. Pedro Cieza de León era un niño de trece años cuando empezó los estudios en la Universidad Libre del Atlántico, que habría de doctorarle entre los grandes geógrafos. Lo mismo Juan de Castellanos, tan americano que todo el mundo le creía neogranadino, y que fue una sorpresa histórica el descubrimiento de que había nacido en Alanís. Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar eran adolescentes cuando se embarcaron para el Nuevo Mundo. Bernal Díaz del Castillo, como Cortés, cumplió los veinte años en tierras intertropicales. Si Jiménez de Quesada pasaba de los treinta y cinco y llevaba un título de letrado al alistarse en la armada que organizó Pedro Fernández de Lugo, esto no constituye una excepción, pues Jiménez de Quesada tuvo que utilizar la experiencia de los que le habían precedido en América y olvidar todo lo que había aprendido en aulas y tribunales para dar los primeros pasos de su portentosa carrera. Alvaro Núñez Cabeza de Vaca pertenecía a la misma casta profesional que Jiménez de Quesada, pero llevaba en la sangre los impulsos de su abuelo, Pedro de Vera, conquistador de la Gran Canaria, pórtico del mundo americano. Domingo Martínez de Irala era ya un hombre macizo cuando se lanzó a las conquistas que le dieron un nombre ilustre, y Pedro de Valdivia poseía la experiencia de gran soldado a la europea. Pero uno y otro eliminaron todo lo que en su formación fuera incompatible con las nuevas condiciones. Martínez de Irala es un paraguayo tan completo como Solano López y Valdivia, chileno de pies a cabeza. Aun los que llegaban viejos, como Pedrarias y Dávila y el Demonio de los Andes, se adherían a la tierra y parecían impregnarse de sus jugos enloquecedores. No querían otra vida ni otra muerte.

Descubridores, navieros, comerciantes, agricultores, ganaderos, eran en América todo lo que no habían sido ni hubieran

tenido esperanza de ser en España, por falta de ocasión y espacio. Don Carlos Bosque ha calculado los centenares de Ebro que podrían vaciarse en el río de la Plata. La patria estaba en América, agigantada, magnífica, tentadora. Estaba tanto más íntegramente contenida allí cuanto que, existiendo la vinculación espiritual y política entre los dos mundos, los creadores del Nuevo no cortaban lazos de lealtad. Pero formaban otra corriente, de una amplitud y fuerza que no pudo confundirse nunca con la metropolitana.

La independencia nació con la Conquista. Y es de notar que tuvo expresión en una literatura de valor universal, como los hechos mismos que narra. Cortés en sus *Cartas de Relación* y Bernal Díaz del Castillo con su *Verdadera Historia*, que sería única si no existiese la Crónica de Muntaner; no presentan sólo el testimonio de grandes hechos reflejados por un arte espontáneo. Debemos ver en ellos la fe de bautismo de una patria.

Cortés, civilizador

La estancia de Cortés en la Nueva España, desde 1530 hasta 1540, año de la segunda vuelta a España, fue de constante dedicación a sus granjerías, para gastar desmedidamente los productos, aplicando grandes sumas a las exploraciones, de que luego hablaré.

Aun cuando las actividades navieras de Cortés parecen como las más absorbentes, con frecuencia pasaban a segundo plano, pues residiendo por lo regular en Cuernavaca, se dedicaba durante meses consecutivos a los trabajos de la agricultura. Efectuadas las primeras tentativas, la experiencia fue determinando los lugares en que podían aclimatarse mejor las plantas exóticas. Empezó por establecer un trapiche en la costa de Veracruz, donde la semejanza de condiciones le daba la garantía de resultados iguales a los obtenidos en la Isla Española y en Cuba. Pensó que la caña de azúcar prosperaría en Coyoacán; pero al desengañarse, puso todo su empeño en llevar las empresas de cultivador a Cuernavaca y a Cuautla. Se le debe, por lo tanto, el origen de las riquísimas plantaciones de estos valles. Estableció el ingenio de Tlaltenango, abandonado por su hijo don Martín al darse cuenta de la superioridad que tienen los terrenos de Atlacomulco, adquiridos por él para trasladar la instalación de la primera finca.

Gonzalo de Las Casas, alcalde mayor y encomendero de las

Mixtecas, que escribió un libro titulado *Arte para criar la seda en la Nueva España*, impreso en Granada el año de 1581, y reimpresso un siglo después en Madrid con la *Agricultura*, de Herrera, no sólo hace de Cortés el primer sericultor de la Nueva España, por haber introducido el ramo, sino por la extensión que dio a sus plantaciones de moreras. Cuando murió, trabajaban de setenta a ciento treinta peones en los plantíos de Jitepec, Tetecala, Temascalcingo y otros, según las cuentas del marquesado.

Como ganadero, se sabe que Cortés explotaba crías de caballos, vacas y ovejas. En su testamento habla de dos yeguas vendidas estimadas en dos mil cuatrocientos pesos. El mismo testamento se refiere a los algodones, y por una carta aparece que hizo remesas de lo cosechado a Tuxtla, con destino a los reinos de Castilla, el año de 1532.

El laboreo de las minas de plata empezó al establecerse el régimen español, pues los antiguos habitantes de la tierra sólo recogían el metal en estado nativo o cuando por la riqueza del yacimiento era extrema la facilidad de la fundición. Había, pues, menos plata que oro, y al iniciarse la explotación para abrir más minas, Cortés se interesó por las de Sultepec, Tasco y Zacatecas. Esto último se niega por la fecha en que empezó la producción de la Veta Grande; pero sin dar por demostrado el hecho, diré que bien pudo Cortés tener explotaciones antes de la bonanza, y más sabiendo que el laboreo de los primeros años, como lo dice Alamán, se hacía a tajo abierto en yacimientos superficiales. Cortés empleó el trabajo esclavo para la extracción, y no sospechó que las minas prosperarían con trabajo libre, pagando los más altos jornales.

El punto más importante de la vida de Cortés con relación a la economía del país, es su situación como señor de los indios. La corona le dio veintitrés mil vasallos, merced que fue causa de una de las mayores contiendas entre Cortés y el fiscal. Pretendía Cortés que esos vasallos se contasen por vecinos, teniendo por uno solo a cada cabeza de familia, con todos los miembros de ella, y los representantes de la corona objetaban diciendo que la cuenta debía hacerse como la de los tributarios. La diferencia era tan grande y la contradicción tan radical, que después de hacerse gastos por una y otra para la cuenta, ambas resolvieron de común acuerdo dejar pendiente la operación, obligándose Cortés a la debida restitución si las villas de que era depositario contenían una población excedente de la concedida.

Por esto no debe entenderse que se trataba de esclavizar a los indios, pues el pago de los tributos al beneficiario no podía ser mayor que los debidos a la corona. Se ventilaba una cuestión de soberanía, en la que la corona tomaba posición antifeudal, y Cortés pretendía una verdadera desmembración de los derechos de la potestad regia. Pero si tomamos en cuenta las miras elevadas de Cortés, no costará trabajo ver que el más firme apoyo de los indios era su brazo. Quería gran poder para tener grandes medios de favorecerlos.

Esto aparece en otra de las cuestiones que sostuvo contra la corona. El Sumo Pontífice concedió a Cortés derechos de patronato, con el cobro de diezmos y primicias dentro del señorío. La corona intervino, retuvo la bula y declaró sin efecto sus concesiones.

Cuando Cortés volvió de España, se repitieron los homenajes que había recibido al regresar de las Hibueras.

Pasó de Veracruz a Tlaxcala y de Tlaxcala a Tezcoco. La emperatriz había ordenado que para evitar choques no entrase a México. Pero los indios y los españoles acudían adonde estaba Cortés. Allí se formaba una verdadera corte, que no era reunión tumultuante, pues el conquistador volvía con el título de capitán general, y porque, además, él no consentía, entonces, como no consintió en tiempo de Estrada, que se le tomase como cabeza de bandería.

Estaban intervenidos sus bienes, y se quejaba de pobreza. Todos le ofrecían auxilios, en lo que los indios no eran menos espléndidos que los españoles.

Una carta de Tezcoco, escrita el 10 de octubre de 1530, contiene la prueba de esto:

“Me han dejado sin tener de donde haya una hanega de pan ni otra cosa que me mantenga, y demás de esto, porque los naturales de la tierra, con el amor que siempre me han tenido, vista mi necesidad e que yo y los que conmigo traía nos moríamos de hambre, como de hecho se han muerto más de cien personas de las que conmigo traje, por falta de refrigerios y necesidad de provisiones, me venían a ver y me proveían de algunas cosas de bastimento, enviaban los dichos oidores, alguaciles a prender a los dichos naturales que conmigo estaban, a fin de que no proveyesen e se les diese a entender que yo no era parte para nada en la tierra.”

Nada en la tierra. Todo en el mar. Esta parecía ser la norma que se proponía Cortés. Pero como también esta actividad sufría cortapisas por parte de las autoridades, empleaba

la mayor parte de sus esfuerzos en pleitos y reclamaciones, frustrándose así los bienes que concebía.

Los obstáculos no eran todos obra de la malicia o de la incompetencia, sino de que la política entraba en una nueva fase. Desprendida la corona de las islas Molucas, todos los proyectos relacionados con la mar del Sur quedaban restringidos a las exploraciones continentales. Cortés las emprendió con resolución y las prosiguió sin desanimarse.

Nombrada la segunda Audiencia, ésta debía gobernar mientras se trasladaba a México el primer virrey, don Antonio de Mendoza, de la casa de los condes de Tendilla, hombre de alta cuna y gran prudencia. La revocación de los primeros oidores y el nombramiento de los que les siguieron contenía un programa de dignificación del gobierno, pues en esa segunda Audiencia figuraban el obispo de Santo Domingo, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, eminente por sus virtudes, y don Vasco de Quiroga, nombrado después obispo de Michoacán, que debía ser una de las figuras más excelsas de América.

Los conflictos de Cortés con el gobierno de la Nueva España no eran el resultado de una actitud personal, sino de que el conquistador y el virrey, el uno por su concesión y por su función el otro, pretendían dominar los territorios que constituían el ensanche necesario de la colonia ¿Las Californias, la soñada Quivira, el reino de Cibola y las Siete ciudades de Totontec, Acús y Marata serían de Cortés, cercenando así el virreinato, o del virreinato, burlando así las provincias por cuya virtud se creaba aquella otra especie de virreinato de la mar del Sur en favor del grande hombre?

En medio de estas luchas, Cortés no se apartaba de sus propósitos. Cuando volvió de España, en 1530, llevó consigo no sólo aventureros nobles, deseosos de seguir su afortunada estrella, sino muchos menestrales y cuatrocientos marineros.

En Acapulco fabricó las naos *San Miguel* y *San Marcos*, que puso bajo las órdenes de su primo, Diego Hurtado de Mendoza, y que se hicieron a la mar por el año de 1532. En 1535 fabricó las embarcaciones *Santa Agueda*, *San Lázaro* y *Santo Tomás*. Salidas del astillero de Tehuantepec, debían esperarle en Chiametla. El conquistador llevaba trescientos hombres de España, treinta mujeres y ciento treinta caballos. Algunos contratiempos redujeron su efectivo, pero emprendió el viaje marítimo hacia el golfo de California, o mar de Cortés, con setenta hombres, entre los que había muchos artesanos para labrar bergantines. Ya en la tierra que había resuelto

colonizar, creyó necesario volver en busca de mayores elementos. Dejó treinta españoles con doce caballos, ovejas, puercos, gallinas, maíz y tocinos.

“En el dicho viaje —decía una de sus representaciones— estuve muchas veces a punto de ahogarme, tanto que los que iban conmigo estuvieron todos desnudos para echarse al agua, que si Dios milagrosamente no nos remediara, pensamos ser ahogados, y volví con bastimento, sin mirar al dicho peligro que había pasado, y proveí y remedí la dicha gente.”

Pero algunos de los deudos de aquellos pobladores se quejaron al virrey, y éste ordenó que cesase la empresa. Debe decirse, en descargo del virrey, que la misma doña Juana de Zúñiga, esposa de Cortés, acudió acongojada solicitando que se procurase la vuelta de su marido.

Haciendo un balance, las pérdidas resultaron enormes y los resultados nulos.

“Y en la dicha jornada, que yo hice tres años y más tiempo, se me han muerto en la dicha demanda muchos deudos muy cercanos así los dichos capitanes, como otras muchas personas honradas y de cuenta.”

Si se pudieran llevar, día por día, los trabajos de Cortés en aquellas jornadas, veríamos al hombre de acción bajo un aspecto desconocido. Los que han viajado por las costas mexicanas del Océano Pacífico admiran a ese marqués, poseedor de todos los medios materiales que podían asegurarle una vida cómoda, lanzándose a las aventuras marítimas desde su palacio de Cuernavaca, por las cálidas regiones que atravesaba para salir a Tehuantepec, a Acapulco, a Colima, a Tepic o a Sinaloa. El calor, la fiebre, los insectos y la soledad infinita no quebrantaban el temple de aquel trabajador. Caminaba días y semanas para encontrar en un sitio que le habían confiscado sus embarcaciones y en otro que se las habían destruido o que le habían dispersado su gente. A veces le aguardaba en una posada la notificación de la Audiencia para que suspendiese sus exploraciones o para que no tuviesen efecto las bulas pontificias sobre patronato. Las escenas tenían toda la gravedad que pedían los asuntos y que el marqués imprimía a sus actos oficiales. Oía respetuosamente la lectura de las providencias, que le hacía el escribano y respondía largamente en exposiciones razonadas. Después continuaba la marcha. Esto no pasaba una vez, sino frecuentemente. La repetición de los mismos hechos era la vida atormentada de Cortés durante el largo período de su actividad como fundador.

Trabajaba para la geografía, después de haberlo hecho para la epopeya, y la historia recoge el mapa levantado por Domingo del Castillo como el testamento de una actividad heroica. Este mapa es el más antiguo que se conoce respecto de las costas occidentales de México. Se encontró en el archivo del marquesado, y reunió, aparte de otros datos, los que arrojan las exploraciones de los pilotos de Cortés. Constituye por lo mismo un documento de altísimo valor para la biografía del fundador de México. Es el testimonio de sus esfuerzos en la obra de integración del territorio de la Nueva España.

Cuando volvía de California, llegó el llamamiento que hacía Pizarro, sitiado en Lima, y Cortés envió sin tardanza dos navíos mandados por Hernando de Grijalba, el cual llevaba sesenta hombres, cotas de malla, ballestas, herraje, diecisiete caballos, y hasta obsequios, como vestidos de seda, ropa de martas, siales y almohadas de terciopelo. Cuernavaca, la palacial residencia campestre de Cortés, puso sus cuadras, su armería, su almacén y su guardarropa al servicio del primo, trujillano, conquistador del Perú y futuro marqués.

En 1538 Cortés enviaba la última de sus armadas, bajo el mando de Francisco de Ulloa, que escribió su nombre y el de su amo en el paralelo 32 de latitud norte.

Pero era inútil proseguir. ¿A qué fin acumular esfuerzos si aquellos distantes países eran entregados a otros exploradores?